

hincapié en lo cotidiano, en el ademán, en sentarse sin más y dejar que la consciencia se vaya diluyendo y sintamos inconscientemente la interpenetración con lo cósmico.

El manual de Deshimaru es, por tanto, eminentemente un leve comentario de las diversas prácticas que rodean el hecho de *za-zen*. Incluye, además, algunos textos canónicos (de los siglos VIII y IX) aún vivos en las comunidades zen japonesas y hasta la fecha inéditos en Occidente. Como ocurre siempre con la literatura zen, una profundidad con sartas de leyendas ejemplares de maestros del pasado.

Deshimaru, sin fatigar al lector con enormes demostraciones filosóficas, llama nuestra atención sobre el hecho de que la última biología o la última física esté yendo hacia conclusiones que, de un modo u otro, Oriente hace



Taisen Deshimaru.

mucho que señaló. La ventaja del zen sobre el tronco ortodoxo del budismo es que, para el zen, es preciso asumir siempre, sintetizar las contradicciones: por tanto, no tiene sentido discutir si el

zen es espiritualista o materialista. Deshimaru explica aquí convincentemente, para lectores occidentales, el porqué de la postura *za-zen*, parecida al loto del yoga, de qué modo la respiración, al potenciar sobre todo la espiración, actúa sobre el organismo y le pone en disposición de percibir "más".

Zen, desde luego, no es misticismo. Al contrario, es cotidianeidad. Está mucho más cerca de los pucheros de Teresa de Avila que de sus éxtasis con lanzas penetrándola. El sujeto, tal como lo entendemos, se desvanece en zen, como corresponde al mundo ilusorio según el budismo; sin embargo, no se anula, el satori no excluye lo ilusorio, todo es interdependiente. La vida del practicante de zen tiene que mudar, desde un estar viviendo ciegamente lo que se llama realidad hasta un ver de pronto qué irreal

es esa llamada realidad... para al fin volver a ver que la realidad es la realidad y seguir viviendo en ella sin pensarlo. Zen es un chasquido de dedos, tomar té, hacer lo que se hace: en suma, estar en lo que se está, de modo natural, inconsciente, aquí y ahora, sabiendo sin necesidad de reflexión que aquí y ahora forma parte de un todo. Vida y muerte son etapas, como las estaciones del año. "Ello" vive; no es que tú o yo estemos separados del Universo. No es una conciencia según los moldes occidentales, sino simplemente "eso" lo que escribe haikus como éste:

*"Sin dejar huella,
el pato se desliza por el agua.
Sin embargo, nunca olvida su
[camino]."*

■ MIGUEL BAYON.

CULTURA A LA CONTRA

El decenio que viene

CUANDO trato de ser realista, y proclamo a los cuatro vientos que todo va mal, y que todo irá a peor todavía, se me llama derrotista, pesimista y desesperanzado. Por desgracia, la realidad me da continuamente la razón. Y siguen matando chavales por las calles, y se restablece la censura en el cine —aunque haya perdido su nombre, y sea una censura más vergonzante y no menos vergonzosa—, y se prohíbe el derecho a manifestarse... A mí todo esto me recuerda décadas anteriores y negras; mucho me temo que vamos a caer de nuevo en el aburrimiento, en la grisura, en el vacío físico y moral que imperaba con nuestro papá Franco, que es también el papá de estos chicos que hoy nos gobiernan y nos mandan, y que encima dicen que nos "representan".

Andamos todos a vueltas con el decenio. Por lo visto, el paso de una a otra década es algo muy importante, fundamental. Pues bien: lo veo mal, el decenio que viene. Me temo que vamos a tener que volver a la militancia, a la lucha contra un estado de cosas que se está encabronando cada vez más. A preparar la guerra. O la huida a los mares del Sur, que puede ser bastante más gratificante. Yo ya me estoy sacando mi carnet de algo, para —cuando la cosa se ponga dura— saber dónde están los míos. Siempre he tenido tendencia a ser un pandillero, a lo mejor por el miedo que me dan los otros pandilleros. Pero el caso es que los años ochenta van a ser duros, muy duros. Si antes se hablaba del "descenso" —que no es tal, sino una sublimación e introyección de la represión—, ahora se va a

volver a hablar de la lucha, de las barricadas. Hasta que venga un santón, que desde luego no se parecerá a Jomeini, sino más bien a don Blas Piñar o a monseñor Guerra Campos, en todo caso, a meternos a todos en cintura. Bueno: pues otros cuarenta años de cuaresma, y la revolución esa siempre por hacer, y la vida siempre por cambiar, y el aburrimiento de una España que volverá a parecerse a un pesadísimo poema de Machado.

Claro, que seguirá habiendo "rock": una música cada vez más industrializada, cada vez más monótona e inflexible en su machaconeo. Una música que acompañará al paredón a los fusilados, y orquestará las explosiones y las mutaciones producidas por las centrales nucleares. Un "rock" cuyos representantes actuales se disfrazan de mutantes, de máquinas, de obreros especializados. Música mecánica que intenta hacernos creer en "el romanticismo de la máquina", y que se la debía haber inventado Marinetti. Y donde hay un Marinetti surge un Mussolini con toda rapidez, porque están en todo.

En fin: que nos esperen, otra vez, tiempos duros. Y más duros aún para quienes no estamos dispuestos a aceptar un nuevo paso atrás, porque vamos a tener que hacer cosas pesadísimas, vestirnos uniformes, encuadrarnos en organizaciones y partidos. Y luchar, cosa que a mí personalmente nunca me ha gustado, porque aborrezco cualquier tipo de acción, y lo que quisiera es que me dejaran en paz, leyendo los poemas de François Villon que acaba de reeditar Visor.

■ EDUARDO HARO IBARS.

TEATRO

"El Alcalde de Zalamea", en el Centro Cultural de la Villa

TRO clásico en escena. Lo cual quiere decir que algo se está intentando en este punto y que, de seguir así, si el público no

Fernando Fernán-Gómez.

